

BETTINA BELITZ

Ladrones de sueños



Título original: *Splitterherz*

1.ª edición: octubre 2011

© Bettina Belitz, 2010
© Script5 (Loewe Verlag GmbH, Bindlach), 2010
© De la traducción: Carmen Bas Álvarez, 2011
© Grupo Anaya, S.A., Madrid, 2011
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Ilustración de cubierta: Maria-Franziska Löhr

ISBN: 978-84-667-9547-0
Depósito legal: M. 31588/2011
Impreso en ANZOS, S. L.
La Zarzuela, 6
Polígono Industrial Cordel de la Carrera
Fuenlabrada (Madrid)
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la nueva *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

BETTINA BELITZ

Ladrones de sueños

Traducción
Carmen Bas Álvarez

ANAYA



Índice



9 Prólogo

PRIMAVERA

- 13 Sin cabeza
- 25 Chica de la gran ciudad
- 41 El demonio y su caballo
- 55 Las brujas del instituto
- 63 Fiebre samurái
- 81 Un atisbo de esperanza
- 97 Mimetismo

COMIENZO DEL VERANO

- 107 Vuelo en picado
- 113 Susurrando a los caballos
- 119 Mariposa nocturna
- 135 Hielo azul
- 149 Bajo la piel
- 157 Pensamientos nocturnos
- 163 Mar de lágrimas
- 173 Baile de sombras nocturnas
- 191 Hermanos de sangre
- 199 Ataque
- 223 Crepes de manzana
- 235 Luna de junio

VERANO

- 239** Un asunto peludo
- 247** La canción de mi vida
- 255** Curación
- 259** Rebelión
- 291** Más que un padre
- 305** Metamorfosis
- 325** Jugando al corro cogidos de la mano
- 339** Última llamada: Ibiza
- 343** Sola, sola
- 351** Apocalipsis
- 359** Fiebre cazadora
- 375** Turno de noche
- 383** Cosas evidentes
- 397** Intrigas
- 407** Los amantes
- 413** La cruda realidad
- 425** Bloqueo informativo

FINAL DEL VERANO

- 431** Terror a la viuda negra
- 443** Señales
- 451** Visita
- 465** Dulces sueños
- 477** Baño de sangre
- 501** Último respiro
- 515** Amanecer

*A Guido, sin el que jamás habría podido hacer realidad este libro,
y a Mio, que desde las primeras líneas estuvo junto a mí...
encima, al lado y sobre todo debajo de mi escritorio.*



Prólogo



ALGO HA CAMBIADO. Lo puedo sentir. El aire es más suave; el bosque, más verde; el cielo, más negro por la noche. La luna llora.

Hay un nuevo espíritu. Aletea como un pájaro enjaulado. Está intranquilo, desesperado, de mal humor. Es delicado y salvaje al mismo tiempo. Tiene pequeños garfios afilados.

Sabe bien.

Es el espíritu de una chica. Yo estoy aquí arriba, sentado en mis ruinas, mirando abajo, a la oscuridad, y estoy hambriento.

Lucho contra ello, con todas mis fuerzas. Hora a hora, minuto a minuto, y seguiré luchando hasta que el espíritu sea viejo y sordo y muera.

Yo lucho. Lucho.

Y pierdo.



Primavera





Sin cabeza



AHORA. POR FIN. De pronto mi cuerpo se adaptó al colchón y se hundió un poco más... solo unos milímetros, pero lo suficiente para que me pesaran los párpados. Las ideas se apartaron unas a otras y la rabia fue cediendo. Todavía estaba suficientemente despierta para disfrutar del vacío, pero demasiado cansada para estar triste. Tal vez incluso me esperara algún sueño. Algún sueño reconfortante. Algo que me hiciera pensar por un momento que era otra persona.

Pero antes de que los sueños tuvieran ocasión de filtrarse en mi mente se acercaron unos pasos decididos.

—¡Elisabeth! ¡Por favor!

Yo gruñí con desgana. Unos segundos más y papá me habría encontrado profundamente dormida. Por un instante le odié por haberme asustado. El corazón me latía con fuerza contra el esternón.

—¡No, más tarde! —protesté, y me eché la manta por encima de la cabeza. ¿Es que no era posible estar tranquila en la cama sin pensar en nada? Sí, era pronto, por la tarde, pero era domingo, y si había algún día de la semana en el que debería estar permitido dormir a cualquier hora, ese era el domingo.

Sabía perfectamente lo que quería papá. Ya me había amenazado con ello poco después de nuestra llegada a aquel sitio en medio de la nada. Quería que cargara las cajas de la mudanza, que viera la casa, que le ayudara a ordenar sus libros. Y quería que entregara

tarjetas de presentación a los vecinos. Ya estaba junto a mi cama sacudiendo un paquete de sobres junto a mi cara escondida. Había cumplido su amenaza.

Y lo había hecho con la misma determinación con que había abandonado la ciudad de Colonia para irse al campo y había comprado aquella casa en Westerwald. Yo me eché a reír cuando me comunicó su decisión; pensaba que se trataba de una broma pesada, pues la consulta de papá marchaba bien. Pero él quería volver a investigar y la clínica psiquiátrica de Rieddorf buscaba un nuevo director. ¡Si al menos hubiera buscado una casa en Rieddorf! Pero no. Ya que se hace, se hace bien. Si uno se traslada al campo, que sea al sitio más apartado. En ese pueblucho no había nada. Nada en absoluto. Ni siquiera una panadería. Apenas cuatrocientos habitantes, probablemente la mitad de ellos en edad de estar en una residencia de ancianos. Yo no quería ni pronunciar el nombre de aquel pueblucho. Kaulenfeld. Sonaba a animales degollados.

A mamá le gustó enseguida la idea. Hasta parecía aliviada después de que él firmara el contrato de compraventa. Y no había cambiado desde entonces. Hacía semanas que los dos se comportaban como unos adolescentes en su primer viaje de estudios. Yo, en cambio, me encerraba cada vez más en mi cuarto, a llorar.

Pero papá ya no estaba dispuesto a permitírmelo. Miré con un ojo hacia la ventana. Fuera había todavía claridad. Enseguida empezaría a anochecer, el gris del cielo daría paso a un antracita azulado, pero alguien podría verme, reconocirme como una forastera, considerarme como algo exótico llegado de la gran ciudad. Y yo no quería dejarme ver ni juzgar. Por nada ni nadie.

Papá suspiró e hizo una mueca. Un mechón le cayó entre las cejas y dibujó una S oscura en su frente. Tenía un pelo precioso para un hombre, tuve que reconocer por enésima vez. Era injusto. Las mujeres deberíamos tener el pelo así. Yo debería tenerlo así.

—Elisabeth, no tengo ganas de discutir. En todas estas semanas no nos has ayudado nada con la reforma. Bien, eso lo aceptamos. Que te pases hoy todo el día en la cama aunque tengamos un montón de cosas que hacer, por mí perfecto. Pero ahora solo te pedimos que eches las tarjetas en los buzones de nuestros vecinos. Y no sé si...

—¡Lo haré! —grité enfadada, y me escondí debajo de la almohada—. No he dicho que me niegue a hacerlo. Solo quiero... descansar un poco.

—¡Descansar! —repitió papá. La comisura izquierda de sus labios se encogió divertida—. ¿De qué?

—Dentro de una hora —contesté ignorando su pregunta. Giré la cabeza porque su mirada parecía atravesarme. Él sabía que no se podía estar más descansada que yo en aquel momento, tan descansada que hasta sentía un cosquilleo en las piernas. No llevaba en la cama toda la tarde, sino todo el fin de semana. ¡Si hasta había tenido que esperar con paciencia a que el sueño se apiadara de mí! No tenía sueño. Mi mente estaba cansada, pero mi cuerpo no quería estar tanto tiempo tumbado.

Esperaba haber calculado bien y que en una hora fuera ya de noche. Quería pasar desapercibida. Allí un forastero era como un perro verde. Me gustaría no ver a nadie durante ese maldito último curso de instituto.

Pero papá y mamá se habían empeñado en llevarse bien con los vecinos. Como si mis padres se hubieran interesado alguna vez por sus vecinos, y viceversa. Ya podía haber vivido Jesucristo en persona a nuestro lado que papá no habría hecho otra cosa que, como mucho, saludarlo alguna vez por encima de la valla. Pero el ambiente ya era lo bastante frío, y no tenía ganas de discutir con mis padres sobre su inexistente círculo de amistades. Bueno, mamá sí lo tenía, al menos hablaba por teléfono con sus amigas y les escribía o las visitaba alguna vez. Pero casi nunca venían a casa. Los dos se bastaban a sí mismos, pensé con un repentino asomo de envidia.

—Elisa. —La voz de papá ya no sonaba tan alegre y amable—. No tenses demasiado el arco. —El aire que sentí en la cara revelaba que sacudía de nuevo el paquete de sobres, pero no me volví hacia él. El peligro de que me convenciera para que saliera inmediatamente era demasiado grande. Ya había visto moverse las cortinas de las ventanas de los vecinos antes, cuando nos bajamos del coche y tuvimos que esperar congelados a que mamá encontrara por fin la llave de la nueva casa.

—¡Está bien! Una hora. Por mí, perfecto —admitió papá. Dejó caer los sobres sobre mi cama y desapareció.

El corazón me latía con fuerza. Me quedé tumbada e intenté no pensar en nada mientras el cielo color antracita se tornaba negro azulado y la farola de la calle lanzaba una luz rosa anaranjada nada saludable. Tenía un hambre horrible. Apenas había comido nada desde el viernes por la tarde, y la habitación empezó a dar vueltas en cuanto me incorporé. A pesar de todo me puse de pie con un rápido movimiento, intenté sostenerme sobre mis pies entumecidos, me puse los botines de tacón y me eché un abrigo de punto por encima. Aunque la debilidad y la pena me hicieran caer y papá me encontrara allí tirada y sin sentido o, mejor aún, gravemente herida, era muy difícil que mis padres reconocieran que me habían llevado al sitio equivocado y que volviéramos atrás. La idea no estaba mal. Al menos la posibilidad teórica de volver a ver a Grischa... de verlo solo una vez. Aunque él no me viera a mí. Pero allí, en medio de la nada, no iba a cruzarme nunca más con él. Solo podía soñar con él.

No. Se acabó. Ni hablar de Grischa. Grischa pertenecía definitivamente al pasado y tal vez eso fuera lo único que tenía sentido de ese traslado forzoso. No volvería a verlo. Ni a Grischa, ni a Tobías. Ni en la realidad ni en mi imaginación.

Nada de recaídas, Ellie, me dije a mí misma. Hacía tiempo que me había prohibido soñar despierta. Eso solo me confundía más y hacía que la realidad resultara más despiadada. La autocompasión era tabú. El asunto de Grischa me había causado dolor. Soñar con él no había mejorado las cosas, sino que las había empeorado, pues el abismo entre mis sueños y la realidad seguía destrozándome de forma brutal.

No podía ver bien, tenía que contener las lágrimas. Me mordí el puño para no llorar, y me giré muy despacio. Nada más llegar me había tirado sobre la cama como ciega y había echado a mamá de la habitación. Ella estaba muy orgullosa de lo que me quería enseñar, y ahora yo sabía por qué. La habitación era enorme. Un estudio abuhardillado lo menos cuatro veces más grande que mi cuarto de Colonia. Grandes ventanas en tres frentes, seis en total, con vistas sobre el pequeño pueblucho. La cama estaba entre las vigas inclina-

das del tejado, pero yo podía ver el exterior a derecha e izquierda. Al lado, mi armario; en el otro extremo de la habitación, el aparato estéreo de música, un pequeño sofá y, bajo dos ventanas, mi escritorio. Y entremedias suficiente espacio para bailar un vals.

Me gustó mucho. Demasiado vacío y demasiado grande, pero en cierto modo acogedor. Mis pasos no resonaban, probablemente por las vigas inclinadas y por las pesadas y viejas tablas del suelo, que estaba cubierto con gruesas jarapas de colores.

Y a pesar de todo no podía creer que lo hubieran hecho, que me hubieran arrancado de mi vida anterior y me hubieran arrastrado al campo y que aquel fuera mi nuevo hogar. No podía ser. No un año antes de acabar en el instituto. Podían haber esperado hasta entonces. Solo un año. Nadie se habría muerto por eso.

Un verano. Un invierno. Y luego una primavera probablemente demasiado fría. Y entonces me podría ir de allí. Tenía que aguantar como fuera.

Tal vez debiera llamar a Nicole. O a Jenny. No creía que me echaran de menos; hacía tiempo que sabían que me iba a marchar, y en las últimas semanas parecía que ya se habían hecho a la idea de que yo no estaba. Yo estaba siempre de mal humor, así que se reunían sin mí. A pesar de todo. Una voz conocida, tan solo decir hola. Saqué el móvil del bolsillo de mi chaqueta. «Sin cobertura», ponía en la pantalla. ¿Sin cobertura?

—¡Mierda! —solté, y corrí al otro extremo del estudio. Sin cobertura. Ni siquiera una rayita. Estaba desesperada. Por un breve y doloroso instante pensé en Tobías, que el fin de semana de pronto me había mirado con tristeza y me había pedido mi número de móvil. ¡Bah, no habría funcionado! Yo aquí, él en Colonia, los dos sin coche. Por primera vez un chico se había interesado por mí, y ¿qué había pasado? Que yo estaba en el exilio.

Y encima papá me obligaba a que me presentara muy amablemente a los demás exiliados. Cogí el montón de sobres con manos temblorosas y bajé la escalera intentando hacer el menor ruido posible. En el dormitorio de papá y mamá se oían risas alegres y ruido de maletas. «Me voy», grité, y cerré la pesada puerta de la casa antes de poder recibir una respuesta. Si es que me habían oído.

Estaba oscuro. Demasiado oscuro para mis ojos habituados a la luz. La farola daba ya una luz amarilla, pero solo dibujaba un pálido cono sobre el asfalto. Una fina llovizna me humedeció la cara y se me metió por el cuello. Reinaba un silencio de muerte, casi creí poder oír la sangre en mis venas. El viento se había calmado. No se movía una sola hoja, una sola brizna de hierba.

Un gigantesco roble se alzaba junto al camino que, pasando junto a nuestro jardín, llevaba hacia arriba. Sus ramas brillaban húmedas en el pálido resplandor de la última farola antes de que la oscuridad se tragara el sendero. Ese árbol me había llamado la atención nada más llegar, produciéndome una agobiante sensación: angustia mezclada con curiosidad. ¡Qué extraña era esa gruesa rama horizontal sin ninguna ramificación!

—No quiero saber quién habrá tenido que dejar aquí su vida —había comentado papá cuando mamá tocó la tosca corteza del roble con entusiasmo y se apoyó en su grueso tronco... y yo temí que se abrazara a él o empezara a bailar alrededor. No era un árbol normal. Era el árbol donde antiguamente colgaban a ladrones y asesinos. Ahora había debajo un banco cuyo respaldo podrido asomaba entre las hierbas. Donado por la Asociación del Fomento del Embellecimiento Local.

En su euforia papá no había podido evitar contar, aunque yo no quisiera oírla, una historia que ponía los pelos de punta. Un estúpido cura se había colgado en esa rama porque se había enamorado de una joven y la había dejado embarazada, y desde entonces vagaba como un jinete sin cabeza. Al menos eso es lo que se decía en el pueblo. Al fin y al cabo, allí no había otra cosa que hacer, pensé yo con descaro.

Bien, no era muy agradable pensar que de ese árbol colgaban en otros tiempos cadáveres. Aunque de eso hacía muchos siglos. Ahora solo pasaban por allí algunos senderistas. Y tampoco había seres siniestros por los alrededores. Solo vi dos ovejas con la lana sucia y enredada que comían hierba en un prado.

Ya me había habituado un poco a la oscuridad. Me arrebujé con el abrigo de punto y busqué las casas que correspondían a las direcciones escritas en los sobres. Todas muy cerca, y todas con

aspecto de que en ellas vivían personas mayores. ¡Estaba rodeada de viejos!

La última dirección fue la única que me costó trabajo encontrar. «Está al final de la calle de los Jardines», me había dicho papá, según pude recordar de pronto. ¡Qué nombre tan bonito para un camino tan poco cuidado! La mayoría de las casas parecían abandonadas. Los jardines estaban llenos de malas hierbas, pero también los arbustos que crecían junto al camino sobresalían por encima de las vallas y me rozaban los hombros. Una rama descarada se enganchó en mi abrigo y sacó una hebra de lana. Yo cerré los ojos un instante y respiré profundamente. ¿Es que no podían cuidar mejor las calles?

Allí, por fin, la última dirección, un refugio lejos de la civilización. Sobre los arriates de flores revoloteaban mariposas azul hielo movidas por energía solar, compradas sin duda en la teletienda («¡No se las puede perder!»), y todas las ventanas estaban recargadas de cortinas y volantes. Más viejos.

Una mano huesuda movió los visillos. Yo eché la carta a toda prisa en el buzón. Si no desaparecía enseguida, abrirían la puerta y me someterían a un interrogatorio. Y yo no quería hablar con nadie.

Tiré de la puerta del jardín, que se había cerrado a mi espalda. Pero se me escurrió la mano y me golpeé con la valla de madera. El picaporte de la puerta de la casa ya se estaba moviendo lentamente hacia abajo. Tiré por segunda vez con fuerza de la puerta del jardín. Se soltó una bisagra.

—¡Eh, jovencita! —sonó una voz ronca que sin duda pertenecía a un hombre mayor. Hice como que no había oído nada e intenté escapar. ¡Dios, qué estúpida! Huía del vecino al que acababa de entregar una cariñosa carta de presentación de la familia Sturm.

Sentí calor en las mejillas, el corazón me latía con fuerza bajo el abrigo mojado mientras corría por la calle, que de pronto hacía una curva y acababa en un camino de tierra que se internaba en el bosque. El pueblo quedaba a mi espalda.

Temí que el hombre esperara pacientemente junto a sus mariposas solares hasta que yo me hubiera dado cuenta de mi error, para luego secuestrarme en su reino de cortinas y obligarme a tomar té o pasteles. Tenía que ganar tiempo.

Cerré los ojos, me apoyé en un árbol y dejé que la suave llovizna resbalara por mi rostro acalorado. Un sonido inesperadamente conocido me devolvió de golpe a la realidad. Irritada, miré hacia abajo. Las mejillas me chorreaban y el abrigo me colgaba de los hombros empapado. Olía a oveja. Ya podía tirarlo a la basura. ¿Cuánto tiempo llevaba allí?

Lo oí de nuevo: un apagado e insistente gorgoteo y chasquido y entremedias ese croar y golpetear que cada primavera nos llevaba a la calle a Paul y a mí cuando estábamos con la abuela en Odenwald. Sapos. Naturalmente. Eran sapos que buscaban un sitio para desovar. Armados con cubos, salíamos corriendo para salvar a los sapos de los coches que pasaban demasiado deprisa y nos quedábamos decepcionados y al borde de las lágrimas si no encontrábamos ninguno. Pero a veces los encontrábamos a docenas y recorríamos la calle arriba y abajo una y otra vez para cazarlos, mientras la abuela nos esperaba muy preocupada.

Desde entonces no había vuelto a ver ningún sapo, y mucho menos lo había tocado. Aunque esto último se lo había dejado siempre a mi hermano, al que le apasionaban todos los objetos viscosos del planeta.

Allí debía haber miles de sapos desplazándose o desovando. Su croar subía y bajaba de tono. Fijé la mirada en la oscuridad hasta que casi me lloraban los ojos, y al cabo de unos minutos pude reconocer más o menos lo que había a mi alrededor. Nuestro biotopo húmedo del colegio de Colonia era una risa al lado de lo que pude apreciar allí: un extenso terreno pantanoso. Unas cañas de un metro de altura rompían la negra superficie del agua en un rincón. Antes de que pudiera darme cuenta ya me dirigía hacia allí. El suelo cedió chasqueando bajo mis pies y el lodo se pegó a las suelas de mis botas.

No sigas, me ordenó mi cerebro. Te vas a manchar. Es muy tarde. Hace frío. Te buscas la muerte.

Sigue, dijo mi corazón. Mira los sapos. Pensaba de algún modo que la visión de un sapo me serviría de consuelo. Pero no vi ninguno. Seguían interpretando para mí su nada musical canto, pero entre las cañas y los tocones podridos solo había pequeñas burbujas y algas gelatinosas.

¡Allí! Algo azulado brilló tembloroso sobre el agua densa, luego se mantuvo un instante y se apagó. ¿Se apagó? Una cosa tenía clara: los sapos saltan de forma pesada, no de forma rápida y temblorosa.

¿Es que alguien quería darme un susto? ¿Acaso era una costumbre del pueblo enseñar a los que llegaban de la gran ciudad lo que es el miedo? ¿Estaban papá y mamá escondidos entre la maleza, riéndose de la broma de las tarjetas de presentación? Hubo algo más: una trémula llamita azul que iluminó la superficie del agua con un apagado silbido y luego se desvaneció de nuevo en la oscuridad de la noche. Está bien, tranquila, me dije a mí misma, aunque se oía un fuerte chasquido justo a mi lado, inquietantemente cerca. Te vas a girar, vas a largarte de aquí y regresar a casa lo más deprisa que puedas. Levanté el pie izquierdo a modo de prueba: bien, podía sacarlo del lodo sin problema. Todavía no estaba a punto de ser engullida por el pantano. Al fin y al cabo era un biotopo del centro de Alemania, no un pantano escocés. A pesar de todo no podía apartar la mirada del agua. Allí, de nuevo un resplandor azulado, ahora junto al bosque, pero tampoco esta vez conseguí ponerme en movimiento. ¿Qué diablos era aquello? Fijé la mirada en la superficie del agua con los ojos bien abiertos y me quedé paralizada. No. No podía ser. Eso no existía. No, Elisabeth, no lo estás viendo. Estás sobreexcitada y cansada.

Pero mis ojos no querían apartarse de la siniestra silueta que se había alzado entre las ramas que sobresalían del pantano. Las llamitas volaban hacia ella y la iluminaron con aquel azul antes de que la oscuridad se cerniera sobre el cenagal y se tragara al espectro. Un súbito escalofrío me sacudió y me rechinaron los dientes, fue como el sonido de los huesos podridos al chocar.

Luego reinó tal silencio que pude oír hasta el borboteo de las burbujas de gas encerradas en el lodo. Los sapos habían enmudecido. Solo quedó el susurro continuo del pantano, que se instaló como un moho en mis oídos.

Saqué los pies del barro. Con dos torpes pasos encontré de nuevo el camino. Las piedras se clavaban en las finas suelas de goma de mis botines. No lancé una sola mirada hacia atrás.

Solo cuando abrí la puerta de la entrada con los dedos tiesos y empapada hasta los huesos y me sumergí en el calor de la casa, permití a mi mente recordar la siniestra figura que había aparecido entre los fuegos fatuos del pantano. Solo un contraste, un negro mate sobre un gris vaporoso, una figura a caballo, con cabeza, pero silenciosa y, en mi opinión, demasiado fantasmal.

Me apoyé en la pared de acabado rústico del vestíbulo. Mamá ya había dejado sus huellas en él y me resultó tan acogedor y seguro que por un momento no supe si reír o llorar. Por todas partes colgaban cuadros de la casa de Colonia, bonitas y alegres pinturas que papá había comprado en el Caribe. Mamá había colgado entremedias candeleros, espejos viejos y todos los curiosos recuerdos que había reunido en sus viajes a lo largo de los años. El desgredado troll noruego que en Colonia no me gustaba nada me miraba desde un rincón por encima del perchero. Sí, todo resultaba más familiar de lo que pensaba. Era agradable y doloroso a la vez. Si iban a decorar la casa igual que en Colonia, ¿por qué no podíamos habernos quedado allí? Era igual que Colonia. Pero no era Colonia. Era Dunkelhausen.

Me quité el abrigo mojado y lo dejé en un rincón. Tenía los hombros helados. Luego tiré como pude de las botas manchadas de barro.

—¡Ya estoy aquí! —grité en dirección al cuarto de estar. Se oía el sonido de las copas al chocar. Allí estaban, celebrando su nueva y agradable vida, mientras su hija sufría alucinaciones debido a la pena y el estrés. Me sentí como una loca y al mismo tiempo absolutamente histérica.

Un jinete en la noche, sí, claro. Era demasiado mayor para dejarme impresionar por las historias de fantasmas de papá. ¿Cómo llamaría papá a lo que me había ocurrido?, me pregunté con ironía. ¿Psicosis rural?

Pero después de engullir sin ganas un bocadillo de queso, quitarme el frío de los huesos con una ducha y cobijarme en la cama, apareció de nuevo la visión y avanzó en silencio por delante de mis párpados cerrados. Luces azules que bailaban, agua negra y las crines al viento de un caballo que marchaba al paso.

Yo tenía un miedo horrible a los caballos.

Ya estaba casi dormida cuando mi cerebro me recordó que esa tarde no había habido ni un soplo de viento. Durante el día sí, había soplado el viento. Por la noche no. Pero las crines del caballo se movían. Como delgadas serpientes que se enroscaban en la negra nada.

Debía haberme inquietado. Pero estaba contenta de tener la prueba definitiva de que había visto algo que no existía.

No existía ningún jinete negro. Con o sin cabeza.

No existía ningún jinete.

Satisfecha, me di la vuelta. Y mis sueños me llevaron de nuevo a la ciudad.